

# La influencia de San Agustín en Santa Teresa\*

(Parte primera)

José Luis Cancelo García  
Centro Cultural Fray Luis de León  
E-mail [jlcancelo@frayluisdeleon.org](mailto:jlcancelo@frayluisdeleon.org)

*"Yo soy muy aficionada a San Agustín, porque el monasterio donde estuve de seglar era de su orden" (V 9, 7)<sup>1</sup>.*

*"Como comencé a leer las Confesiones, paréceme me veía yo allí. Comencé a encomendarme mucho a este glorioso santo. Cuando llegué a su conversión y leí cómo oyó aquella voz en el huerto no me parece sino que el Señor me la dio a mí, según sintió mi corazón" (V 9, 8).*

*"Almas tan puras y perfectas y tan deseosas de complacer en todo a Dios, no podrían menos de estar adornadas de virtudes tan excelentes y heroicas como las que sin gran trabajo se descubren en San Agustín y Santa Teresa (...) santos cuya vida fue un continuo viaje a la cumbre de la perfección cristiana" (P. Fr. Tomás Rodríguez, Analogías entre S. Agustín y Santa Teresa. Impr. Y Lib. de la Viuda de Cuesta é Hijos. Valladolid 1883, p. 124).*

## Resumen

El espíritu agustiniano y la lectura de las Confesiones de San Agustín influyeron, sin duda, en Santa Teresa suscitando poderosamente en ella dos de las

llamadas 'conversiones' de la Santa. En el presente estudio intentamos esclarecer en qué sentido se puede hablar de influencia. Teresa ingresa como educanda interna seglar en el monasterio de las religiosas agustinas Ntra. Señora Santa María de Gracia, en Ávila. Resi-

\*El presente artículo se publica en tres partes. La primera comprende los apartados que van del I al III. La segunda prosigue con el apartado IV. Y la última consta de las secciones V, VI, conclusiones y bibliografía. En esta primera parte el resumen y la presentación es general ya que en cada una de las partes se va mostrando lo mismo desde distintas perspectivas.

<sup>1</sup> Citamos las obras de Santa Teresa con arreglo a las siguientes siglas: V= Libro de la Vida. C= Camino de Perfección. M= Moradas. E= Exclamaciones. R= Relaciones (en otras ediciones CC= Cuentas de conciencia). F= Fundaciones. CA= Conceptos del Amor de Dios (en otras ediciones MC= Meditaciones sobre los Cantares). Vej= Vejamen. Cons= Constituciones. P= Poesías. A= Avisos. Cta= Cartas. Igualmente citamos las Obras completas de Santa Teresa por la edición 15ª preparada por Tomás Álvarez. Monte Carmelo. Burgos 2009.

A su vez citamos las Obras completas de San Agustín editadas por la Biblioteca de Autores Cristianos (B.A.C.). Madrid. En cada cita consta el volumen y el año de publicación.

Empleamos las siguientes siglas: En. Sal= Enarraciones sobre los Salmos. B.A.C., vol. XIX (1-40). Madrid 1964, vol. XX. (41-75) Madrid 1965, vol. XXI (76-117). Madrid 1966. Sermones. B.A.C., vol. VII. (1-50). Madrid 1981, vol. X. (51-116) Madrid 1983, vol. XXIII. (117-183) Madrid 1983, vol. XXVI (339-396). Madrid 1985. LR= Las Retractaciones. B.A.C., vol. XL, Madrid 1995. Conf.= Las Confesiones. B.A.C., vol. II. Madrid 2005. Carta: B.A.C., vol. VIII (1-123). Madrid 1986 y vol. Xlb. (188-270). Madrid 1991. RGC= Réplica al gramático Cresconio. B.A.C., vol. XXXIV. RCP= Réplica a las cartas de Petiliano. B.A.C., vol. XXXIII. DP= El don de la perseverancia. B.A.C., vol. VI. Madrid 1956. LCD= La Ciudad de Dios. B.A.C., vol. XVII. Madrid 2007. Sol.= Soliloquios. B.A.C., vol. I. Madrid 1994. LT= La Trinidad. B.A.C., vol. V. Madrid 2006. CF= Contra Fausto. B.A.C., vol. XXXI. Madrid 1993. LM= La Música. B.A.C., vol. XXXIX, Madrid 1988. LVR= La verdadera religión. B.A.C., vol. IV. Madrid 1956. LA= El libre albedrío. B.A.C., vol. III. Madrid 1963. TESJ= Tratados sobre el evangelio de San Juan (1-35). B.A.C., vol. XIII. Madrid 2005. HPCSJP= Homilias sobre la primera carta de San Juan a los Partos. B.A.C., vol. XVIII, Madrid 2003.

de en él durante año y medio. Tenía entonces dieciséis años. Andaba con “niñerías nonada buenas” y había descuidado la religiosidad de la infancia. En aquel entorno agustiniano Teresa recupera su vida de piedad, pero no lo hace desde la espiritualidad agustiniana, sino desde ella misma y hacia la que ella siempre fue, animada, evidentemente, por el ejemplo de las religiosas. En 1554, a los 39 años, conmocionada por una imagen del Cristo muy llagado lee, ocasionalmente, las Confesiones de San Agustín. La conmovieron hondamente y decide entregarse enteramente a Dios, aunque en aquel momento no lo consiguiera plenamente. Agustín fue un poderoso y eficaz estímulo que movilizó definitivamente la vida de Teresa, pero no influyó doctrinalmente en ella, ni siquiera en la búsqueda de Dios en el interior

del hombre, tema crucial y esencial en ambos. Teresa no es discípula de Agustín. Coinciden sorprendentemente en la utilización de la imagen para pasar a la visión directa de Dios. Agustín lo hace, con la ayuda sobrenatural, contemplando el ser del hombre como imagen viva de Dios que vive incesante e inconscientemente a Dios. Teresa, por su parte, a través principalmente de imágenes de escenas de la vida de Jesucristo, revividas en su interior como algo que está sucediendo actualmente al mismo Jesucristo, pasa, con la gracia divina, a la experiencia directa de Dios. Es lo que nos proponemos mostrar en este estudio.

## Palabras clave

Testimonio, conversión, imágenes, itinerario interior, Humanidad de Jesucristo.

# The influence of Saint Augustine on Saint Teresa

*(First part)*

## Abstract

Saint Augustine's spirit and the reading of his Confessions undoubtedly influenced Saint Teresa causing in her two of what are called the 'conversions' of the Saint. In this study, we intend to clarify to which extent we can actually talk about influence. Teresa entered as a laywoman boarding student at the Augustinian nuns' monastery of Our Lady Santa María de Gracia, in Ávila. She lived there for a year and a half. She was then sixteen years old then. Her behavior was quite childish and she had neglected her childhood religiousness. In that Augustinian environment Teresa regains her life of piety, but she does

not do it through Augustinian spirituality, but through herself and towards whom she always was, evidently encouraged by the example of the nuns. In 1554, at 39 years old, shaken by an image of an extremely wounded Christ, she fortuitously reads Saint Augustine's Confessions. She was deeply moved and decided to give herself entirely to God, though at that time she did not fully succeed. Augustine was a powerful and effective encouragement that definitely transformed Teresa's life, but he did not have a doctrinal influence on her, not even in the search of God inside the human being, a crucial and essential topic for both. Teresa is not Augustine's disciple.

They surprisingly coincide in the use of images to arrive at the direct vision of God. Augustine does it with the help of the supernatural, by contemplating the human being as a life image of God that incessantly and unconsciously experiences God. Teresa, on the other hand, mainly through images of scenes of the life of Jesus Christ, revived inside of her as something that is happening to Jesus Christ Himself, turns, by the grace of God, to the direct experience of God. This is what we intend to show in this study.

## Key words

Testimony, conversion, images, inner pathway, Jesus Christ Humanity.

## I.- Presentación

El poeta Pedro Salinas (1891-1951) publicó un poemario con el sugerente título *La voz a ti debida*. La expresión podría trasladarse y aplicarse a los místicos y, en particular, a San Agustín (354-430) y a Santa Teresa (1515-1582). Los místicos, en el fondo, no hablan desde sí mismos. Su palabra no es la suya. Es una voz que les viene de cerca y de lejos al mismo tiempo. De cerca porque está en ellos. De lejos porque la pronuncia un ser que no se parece en nada a ellos, y porque, además, la palabra deja de ser sonido para sonar como 'música' misteriosa procedente de la verdad y felicidad eternas<sup>2</sup>. Ellos, pues, no hablan desde sí mismos, ha-

blan desde Dios; son, en la palabra, deudores de Dios. Lo que transmiten es, pues, *la voz debida a Dios*. Y, si se prefiere señalar la cercanía amorosa de Dios, habría que decir con el poeta '*la voz a Ti debida*'.

Siguiendo la sugerencia del poeta, Agustín y Teresa participan igualmente de la infinita alegría de "*vivir sintiéndose vividos*", y del enorme e indecible gozo que les viene de la certidumbre de vivenciar que otro Ser en ellos y, al mismo tiempo, fuera de ellos y desde la lejanía, les está viviendo. Ambos podrían decir "que este vivir mío no era sólo mi vivir: era el nuestro"<sup>3</sup>.

Estas coincidencias o puntos de encuentro en ambos místicos, no proceden necesariamente del influjo o influencia que San Agustín haya podido ejercer sobre Santa Teresa. La misma vivencia se encuentra en otros místicos. Por otro lado, Santa Teresa dice, ciertamente, que se educó durante año y medio con las religiosas agustinas en el convento de Santa María de Gracia, y que de ellas guarda un grato recuerdo. Reconoce, igualmente, que leyó el libro de las Confesiones de San Agustín y que en ellas se vio a sí misma como en un espejo<sup>4</sup>. Proclama también que le admira y le recuerda, alguna que otra vez, en sus obras. Pensamos, sin embargo, que todo ello no es suficiente para poder hablar de una influencia que haya dado forma constante y permanente a la mente y corazón de la Santa. Tal vez sería mejor hablar de una

<sup>2</sup> "De illa aeterna et perpetua felicitate sonat nescio quid canorum et dulce". San Agustín. En. Sal 41. 9.

<sup>3</sup> Pedro Salinas. *La voz a ti debida*. Ed. Losada. Buenos Aires, 1977. El texto mencionado y que se encuentra en las pp. 35-36 es el siguiente: "Qué ALEGRÍA, vivir/ Sintiéndose vivido/ Rendirse/ a la gran certidumbre, oscuramente, / de que otro ser, fuera de mí, muy lejos, / me está viviendo". / (...) "Y todo enajenado podrá el cuerpo/ descansar, quieto, muerto ya. Morirse/ en la alta confianza/ de que este vivir mío no era sólo/ mi vivir: era el nuestro. Y que me vive/ otro ser por detrás de la no muerte". La sugerencia en A. M. Alonso, *Prospectivas teresianas en dos temas de actualidad filosófica*. En *Augustinus* VIII, 31 (1963), p. 297.

<sup>4</sup> Teresa leyó las Confesiones de San Agustín en la primera versión castellana hecha por fray Sebastián Toscano y publicada el día 15 de enero del 1554. Contiene los diez primeros libros. Del libro XI se traduce solamente el capítulo 1 y 2. Nada de los libros XII y XIII, pues según él ya no son Confesiones sino Exposiciones. "Mi intento en este trabajo, dice Sebastián Toscano, fue solamente dar noticia de la vida de San Agustín según él la escribe y lo que queda no hace a este propósito ni es de calidad que, puesto en romance, se dejaría entender de todos", p. 307. Esta versión fue reeditada por la Fundación Universitaria Española y Universidad Pontificia de Salamanca, Madrid 1996.

cierta simpatía, admiración, gratitud y devoción de Teresa por Agustín, pues le ayudó a sentir la urgencia de darse a sí misma el empujón hacia lo que ella ya deseaba, pero que hasta entonces no tenía la fuerza, convicción y resolución necesarias para dar el paso. La dispuso, sin duda, para caer en la cuenta y percibir, en el modo peculiar de ella, lo que ya conocía. Posiblemente la ayudó también a formular con más precisión la batalla que se libraba en su corazón. La semejanza en determinadas expresiones parece sugerirlo. Pero nada más. De hecho, el tan conocido tema agustiniano de la interioridad que atraviesa y resuena como una melodía permanente en toda la obra de Agustín, Teresa lo menciona sólo tres veces: Vida 40, 6. Camino de perfección, 28, 2. Moradas IV, 3, 3. Demasiado poco, pensamos, para poder hablar de una influencia honda y esencial de Agustín en Teresa. Además, ella misma confiesa que eso de entrar dentro de sí e ir por encima de sí, terminología propia de Agustín, ella no lo entiende: "Dicen que *'el alma se entra dentro de sí y otras veces que 'sube sobre sí'*. Por este lenguaje no sabré yo aclarar nada" (M IV, 3, 2)<sup>5</sup>. Evidentemente, Teresa para llegar hasta Dios, no necesita hacer un análisis ontológico de su propio ser e ir escalando los peldaños que van de lo mudable y cambiante a lo permanente en el hombre. Ello manifiesta que el pensamiento de Agustín no estructuró la mente de Teresa. Su forma de pensar y llevar el razonamiento no es agustiniano aunque a Dios le encuentre en el interior y recurra a Agustín como a una autoridad para avalar su pensamiento.

Se podría comparar, en cierto modo, la influencia de las Confesiones con la lectura que hizo de las Cartas de San Jerónimo. Teresa estaba ya decidida a entrar en el convento como religiosa (V, 3, 7). Había considerado y sopesado en su interior las razones. Estaba decidida a dar el paso, pero no veía el momento hacerlo. La lectura de las Cartas la afianzó en su idea y la empujó a hacer, sin más dilación, lo que hacía tiempo había ya decidido (V 3, 5-7). La lectura, le propició la ocasión para la decisión eficaz. ¡Esta es la ocasión!, se diría a sí misma Teresa como se lo dicen tantas personas a la hora de tomar una resolución<sup>6</sup>. Teresa vuelve, pues, siempre a sí misma, es decir, a lo suyo personal e íntimo, a su originalidad propia, a lo que ya tenía. De hecho, también cuando habla de su formación con las religiosas agustinas dice clara y reveladoramente que: "comenzó mi alma a tornarse a acostumbrar en el bien de mi primera edad" (V 2, 8). Y todavía escribe que leyendo y oyendo y escuchando "vine a ir entendiendo la verdad de cuando niña" (V 3, 5). Santa Teresa es muy singular y original. El P. Crisógono recuerda que, ciertamente, "el árbol no puede prescindir del ambiente que le rodea"<sup>7</sup>. Reconoce, pues, que también Teresa ha recibido influencias, pero, según él, no afectan "ni a la percepción de los fenómenos místicos" ni a la "sinceridad de su expresión". La influencia, prosigue, "está reducida a poner al corriente de ideas generales sobre la vida espiritual y a facilitar imágenes, vocablos y alegorías para expresar la propia experiencia" (p. 125). Algo, pues, que

<sup>5</sup> Terminología que Tomás Álvarez remite, en este caso, al Tercer Abecedario de Francisco de Osuna. Véase Tomás Álvarez, *Guía al interior del Castillo. Lectura espiritual de las Moradas*. Monte Carmelo, Burgos 2004, pp. 84-85.

<sup>6</sup> Resulta aleccionador su progreso espiritual. Teresa deseaba con toda el alma "ir derecha al cielo" (V 3, 6). Cae, pues, en la cuenta que ser monja es "el mejor y más seguro estado" (V 3, 5), y porque "los trabajos y pena de ser monja no podía ser mayor que la del purgatorio" (V 3, 6). Más tarde reconocerá que no era verdaderamente el amor a Dios el que guiaba y animaba su corazón, sino "un temor servil" (V 3, 6).

<sup>7</sup> P. Crisógono de Jesús Sacramentado, *Santa Teresa de Jesús. Su vida y su doctrina*. Ed. Labor, 1942. Barcelona - Madrid - Buenos Aires - Rio de Janeiro, p. 125.

roza exteriormente. Y continúa: "En este sentido fueron varios los autores que influyeron en la obra de santa Teresa. San Agustín con sus Confesiones; san Jerónimo con sus cartas; Francisco de Osuna con su Tercer Abecedario; (...) Bernardino de Laredo con la Subida del monte Sión; Alonso de Madrid con el Arte de servir a Dios; san Pedro de Alcántara y fray Luis de Granada con sus trataditos sobre la Oración; el Cartujano, Guevara, Kempis..." (p. 125-126). Y cuando precisa en qué consisten exactamente esas influencias procedentes de dichas lecturas, responde diciendo que son "detalles y matices que se pierden en aquella inmensidad de su obra; son, cuando más, algo así como partecicas de una almena en comparación con la mole gigantesca del castillo" (p. 126). No afectaron, pues, a su estructura mental propia<sup>8</sup>.

No puede sorprender, evidentemente, que en Agustín y Teresa se encuentren momentos de coincidencia, analogía, similitud o afinidad, pues no se puede olvidar que los dos caminan con esfuerzo enorme, denodado y decidido hacia la cima elevada de la gigantesca montaña que es Dios. La conocida imagen de la montaña sirve aquí de ayuda. Los dos la escalan siguiendo sendas distintas y contemplando, en el trecho de la ascensión, paisajes diversos y diferentes. Arrancan de la base de la misma montaña, recorren la misma montaña, llegan a la cima de la misma montaña, pero la escalada la hacen por senderos distintos, aunque superficialmente puedan parecer

iguales o similares. Los dos se 'convierten', pero el recorrido complejo, tortuoso y enmarañado por las filosofías y religiones que hizo Agustín no tiene nada que ver con el camino sencillo, aunque un tanto empedrado, que hace Teresa. Pero los dos, en un momento determinado de su vida, se convierten y se consagran con la mente, el corazón y el cuerpo a Dios. El acto es el mismo y, sin embargo, la complejidad de ese mismo momento encierra una diferencia abismal en la conversión de Agustín con relación a la de Santa Teresa. Esa diferencia pesa en el resto del recorrido. Santa Teresa en su autobiografía cuenta su vida, la lucha interior, su conversión gracias a la acción oculta de Dios y su itinerario hacia el interior como San Agustín narra la suya en las Confesiones. Sin embargo, en el fondo, son completamente distintas.

La búsqueda intelectual y minuciosa hasta el escrúpulo del filósofo, teólogo y místico que encontramos en las Confesiones de Agustín no aparecen en la Vida de Santa Teresa. En los dos el paisaje es bellísimo pero lo hacen por costados distintos aunque sea en la misma montaña y de camino a la misma cima.

Digamos, no obstante, que Santa Teresa y San Agustín son cercanos, incluso, en la andadura de su vida. Etchegoyen, en su estudio sobre las fuentes de la Santa, comenta que cuando se comparan, "desde un punto de vista psicológico", las Confesiones con

<sup>8</sup> Allison Peers, E., en su obra *Studies of the Spanish Mystics*. Second edition, revised. London, S.P.C.K., 1951. Vol. I, refiriéndose a las influencias que haya podido experimentar Teresa, dice que: "no ha existido nunca un escritor en el que el estudio de sus 'fuentes' haya sido menos provechoso, excepto, tal vez, el interés que pueden tener las fuentes mismas" (p. 179). Véase también Trueman Dicken, E. W., *El crisol del amor. La mística de Santa Teresa de Jesús y de San Juan de la Cruz*. Ed. Herder. Barcelona 1967, p. 342, en la que dice que "a pesar de que Santa Teresa reconoce su deuda por lo menos con algunos de estos escritores, la influencia directa de ellos sobre su obra es de todo punto inapreciable". Y recurre para corroborarlo a las mismas palabras de la Santa: "Porque he yo pasado mucho y perdido harto tiempo por no saber qué hacer y he gran lástima a almas que se ven solas cuando llegan aquí; porque aunque he leído muchos libros espirituales, aunque tocan en lo que hace al caso, decláranse muy poco, y si no es alma muy ejercitada, aun declárandose mucho, tendrá harto que hacer en entenderse" (V 14, 7).

<sup>9</sup> Véase Etchegoyen, Gaston, *L'amour divin. Essai sur les sources de Sainte Thérèse*, Burdeos-París, Universidad de Burdeos, 1923, pp. 82-83.

la Vida de Santa Teresa, sorprende la "semejanza de carácter". "Antes de su conversión, dice el autor, los dos experimentan con igual docilidad las influencias buenas y malas, y se entregan con el mismo entusiasmo a las lecturas profanas. Muestran el mismo calor de amor filial y de amistad ardiente. ¿Han conocido en su adolescencia tentaciones semejantes? Teresa desearía hacérselo creer. Y después ¿cuál de esas dos almas ha puesto más ardor y angustia en la búsqueda del amor divino? Finalmente, a lo largo de esta crisis dolorosa, los dos reciben el aviso de la muerte, San Agustín a través de la agonía de su amigo, Santa Teresa a la cabecera de su padre. Después de su conversión, los dos desarrollan de manera similar el sentimiento de la acción, es decir, del apostolado"<sup>9</sup>. Nosotros, por nuestra parte, vamos a intentar abordar, como ya hemos dicho, el aspecto de la influencia de San Agustín en Santa Teresa.

Es lo que pretendemos hacer ver en este estudio surgido a raíz de la participación en el seminario sobre mística española organizado por el Departamento de Teología de la Universidad sueca de Uppsala y que se concluyó en el Centro Cultural Fray Luis de León en Guadarrama, Madrid.

## II.- El primer contacto de Santa Teresa con San Agustín y lo agustiniano

La entrada de Teresa en el monasterio de las monjas agustinas de Ávila fue cosa del azar y obedeció a meras circunstancias cambiantes de la vida.

Tomada la decisión, se buscó el lugar donde la atención religiosa era más esmerada. Sólo más tarde, cuando Teresa echa una mirada retrospectiva sobre sí misma, verá en ello la mano invisible y benéfica de Dios que andaba, como dice ella, "mirando y remirando por dónde me podía tornar a sí" (V 2, 8). Esta idea de Dios que busca el resquicio del alma para poder entrar en el corazón del hombre la encontró también Agustín, quien mirando hacia el pasado de su vida dice: "Yo me hacía cada vez más miserable y tú te acercabas más a mí (...) y yo no lo sabía" (Conf. VI, 6, 26). Agustín insiste en hacer ver la mano oculta, misteriosa e imperceptible que guía y conduce las vidas de los hombres en su travesía por la tierra. Dios trabaja siempre, incluso, cuando no se le siente. Dice bellamente Agustín: "nos buscaste cuando no te buscábamos y nos buscaste para que te buscásemos" (Conf. XI, 2, 4). Todos los santos coinciden en esta misma idea. La madre de Teresa fallece en 1528. María, la hermana de Teresa, nueve años mayor que ella y del primer matrimonio de su padre, se había casado en 1531. Su padre tiene que ausentarse de Ávila por razones de trabajo. Teresa tenía la delicada edad de dieciséis años. Lo más sensato era internarla. Ingresó en el prestigioso monasterio de las religiosas agustinas Nuestra Señora de Gracia, en Ávila, como 'doncella seglar', como educanda, colegiala o alumna interna para recibir una educación cuidada. Teresa encontró razonable la decisión de su padre "porque haberse mi hermana casado y quedar sola sin madre, no era bien" (V 2, 6). Además, Teresa reconoce que comenzaba "a traer galas y a desear contentar en parecer bien, con mucho

<sup>10</sup> Véase Silverio de Santa Teresa, *Historia del Carmen Descalzo en España, Portugal y América*. Tomo I. Santa Teresa en el siglo y monja de la Encarnación (1515-1561). Burgos, Tipografía "El Monte Carmelo", 1935, pp. 101 y 105, nota 2.

<sup>11</sup> Los nombres de las catorce religiosas agustinas pueden verse en Sánchez Moguel, Antonio, *Santa Teresa de Jesús y las agustinas de Ávila*, en *Basilica Teresiana*, 15 diciembre de 1898, p. 457. En el tercer lugar de la lista figura María Briceño. Véase también Silverio, o.c. p. 105.

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 106.

cuidado de manos y cabello, y olores y toda clase de vanidades que en esto podía tener, que eran hartas, por ser muy curiosa" (V 2, 2). Eran "niñerías no nada buenas" (V 2, 3). Su padre, que observaba con preocupación todas estas cosas y consideraba la soledad en la que se encontraba Teresa, decide internarla y encomendar su educación y formación a las religiosas agustinas. Dice el P. Silverio que el convento de las agustinas "tenía fama de muy observante y recogido y de guardar con mucho rigor la clausura"<sup>10</sup>. La comunidad no pasaba de 14 religiosas<sup>11</sup>. Las alumnas internas eran educadas con esmero en la piedad. Allí Teresa comienza a sentir, con pudor, la pobreza de sus sentimientos religiosos. Cuenta que cuando alguna de las religiosas derramaba lágrimas mientras rezaba, ella "*habíala mucha envidia; porque era tan recio mi corazón en este caso que, si leyera toda la Pasión, no llorara una lágrima. Esto me causaba pena*" (V 3, 1). Las alumnas aprendían las labores propias de la mujer: "leer y escribir, hilar, coser y bordar y algunas otras labores de aguja y ganchillo"<sup>12</sup>. Teresa era una apasionada de la lectura y conocía, por otra parte, todos esos menesteres. Necesitaba, más bien, recuperar su formación religiosa en el temor del Señor y, sobre todo, vivir "encerrada, sin visiteos de primos y parientes"<sup>13</sup>. Teresa era muy hábil, cuando estaba en casa, para salir al paso de los cuidados que se tomaba su padre con ella y poder, de este modo, ton-tear cándidamente con su primo. Reconoce con dolor que todas aquellas "diligencias" de su padre no servían

para mucho porque, comenta ella, "mi sagacidad para cualquier cosa mala era mucha" (V 2, 4). Necesitaba, pues, vivir interna algún tiempo.

Estuvo en el monasterio agustiniano año y medio (V 3, 2), desde julio 1531 hasta diciembre 1532. Exagera, sin duda, cuando dice que en el monasterio "se criaban personas semejantes, aunque no tan ruines en costumbres como yo" (V 2, 6), pues ella misma precisa "que nunca era inclinada a mucho mal -porque cosas deshonestas naturalmente las aborrecía- sino a pasar tiempos de buena conversación, mas puesta en la ocasión, estaba en la mano el peligro" (V 2, 6).

La comunidad religiosa era modélica, la impactó, la admiró y lo dejó escrito: "*Holgábame de ver tan buenas monjas, que lo eran mucho las de aquella casa, y de gran honestidad y religión y recatamiento*" (V 2, 8).

Entre las religiosas destacaba sobremanera la Madre María de Briceño y Contreras<sup>14</sup>, la que dormía en el mismo dormitorio que las 'seglares' (V 2, 10). A Teresa le agradaba escucharla cuando hablaba de Dios. Además, "era muy discreta y santa" (V 3, 1) y "por medio suyo -nos dice-, parece quiso el Señor comenzar a darme luz" (V 2, 10). Santo Tomás de Villanueva (1486-1555), que visitó ocasionalmente el convento de las agustinas en algunos de sus viajes y las animó a continuar en el camino de perfección con sus charlas cuando Santa Teresa se encontraba allí<sup>15</sup>, nos habla de la gran devoción que la Ma-

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 106. En cuanto al control y encerramiento en el convento de las agustinas de Ávila, Antonio Sánchez Moguel refiere el testimonio de la religiosa Ana de San Bartolomé, confidente de la Santa, y a quien Teresa le dijo "que cuando era doncella estuvo en un Monasterio de Agus-tinas donde tenían un Vicario que él solo las confesaba, y no podían hablar con persona las monjas sin que él lo supiese, ni entrar persona en el monasterio sin que estuviere a la puerta hasta que saliesen, ni confesar con persona alguna sino con él". Véase Sánchez Moguel, Antonio, Santa Teresa de Jesús y las agustinas de Ávila, en *Basilica Teresiana*, 15 diciembre de 1898, p. 459.

<sup>14</sup> Véase Cerezal, M., Santa Teresa de Jesús y la Madre María Briceño, en *Ciudad de Dios*, 100 (1915), p. 113.

<sup>15</sup> Véase Sánchez Moguel, Antonio, Santa Teresa de Jesús y las agustinas de Ávila, en *Basilica Teresiana*, 15 diciembre de 1898, p. 460. El P. Silverio, en contra de lo que afirman otros historiadores, sostiene igualmente que santo Tomás de Villanueva no pudo ser vicario de dicho convento durante la estancia de Santa Teresa en él. Véase Silverio, o.c. pp. 109-110.

dre Briceño tenía a la eucaristía. Él fue testigo personal del caso. Dice así:

*"Lo que voy a decir, lo digo por ser así verdad, porque no miento, ni Dios tiene necesidad de la mentira. Yo conocí a una religiosa, moradora del Convento de Agustinas de Santa María de Gracia, muy señalada por su devoción al santo Sacramento, la cual, como el ciervo sediento anhela por el agua, así ella anhelaba por la Divina Eucaristía. Le era muy penoso dejarla de recibir en su Convento por entredicho o por la cesación del culto, iba a otra parte por no pasar ni un día siquiera sin aquel espiritual alimento. Pues como un día de Jueves Santo, en el que el santo Sacramento estaba reservado en el tabernáculo, se hubiese olvidado el sacerdote de guardar una forma para comulgarla, estuvo por largo tiempo toda angustiada y llorosa, rompiendo el aire con gemidos como si se la hubiese muerto alguna persona de su familia. Querían algunos consolarla, pero no era posible. En esto, perseverando en su llanto y gemidos, ¡cosa milagrosa! vio venir hacia ella dos manos que llevaban el Santísimo Sacramento, de las cuales lo recibió con grandísimo consuelo de su alma. Recibido el Sacramento, la tristeza pasada se la convirtió en alegría. Todo esto y otras muchas mercedes y revelaciones divinas me lo dijo ella misma, no espontáneamente y de su voluntad, sino por obediencia, pues era súbdita mía en nuestra Orden"*<sup>16</sup>.

<sup>16</sup> Santo Tomás de Villanueva, Opera omnia. In Festum Corporis Christi Concio II. Manilae, Apud typographiam vulgo 'Amigos del país', 1883. Vol. IV, pp. 222-223. En la página 222 y en la nota 8 a pie de página se especifica el nombre de la religiosa María Briceño. Traducción tomada de Cerezal, M., Santa Teresa de Jesús y la Madre María Briceño, en Ciudad de Dios, 100 (1915), 107-120, p. 114-115

<sup>17</sup> Fray Luis de León, De la vida y muerte de Santa Teresa. Obras completas castellanas. Vol. I. BAC, Madrid 1991, p. 922. El P. Silverio refiere este extraordinario testimonio del P. Pedro de la Purificación: "aunque estuviere hablando tres y cuatro horas, que sucedía ser necesario estar con ella en negocios, así a solas como acompañado, tenía tan suave conversación, tan altas palabras y la boca llena de alegría, que nunca cansaba, y no había quién pudiese despedir de ella (...) Nadie llegaba a su presencia que saliese desconsolado; todos llevaban remedio de su boca y alivio para sus trabajos; compadecíase mucho de las aflicciones de los que poco podían y remediábalos con palabras y oraciones, no pudiendo con otra cosa" (Silverio, o.c. pp. 294-295).

<sup>18</sup> "Gustaba mucho -dice Teresa-, cuando jugaba con otras niñas, hacer monasterios, como que éramos monjas, y yo me parece deseaba serlo" (V 1, 6). La Madre Briceño la predispone para serlo. La decisión la tomará cuando lea las Cartas de San Jerónimo.

María Briceño tenía a su cargo a Teresa, era su 'Maestra'. Teresa, sorprendentemente, a los ocho días se encuentra en el convento mejor que en casa de su padre. Dice que era muy querida. También ella, por su parte, trataba de estar a bien y contentar a todas. Teresa lo considera una gracia de Dios: "en esto me daba el Señor gracia, en dar contento adondequiera que estuviere, y así era muy querida" (V 2, 8). Fray Luis de León, que tenía referencias de personas que habían convivido con Teresa, dice que quienes hablaban con ella "se perdían por ella", tenía el poder de atracción de un imán. La describe así: "niña y doncella, seglar y monja, reformada y antes que se reformase, fue con cuantos la veían como la piedra imán con el hierro; el aseo y buen parecer de su persona, y la discreción de su habla, y la suavidad templada con honestidad de su trato, la hermo-seaban de manera que el profano y el santo, el distraído y el de reformadas costumbres, los de más y los de menos edad, sin salir ella en nada de lo que debía a sí misma, quedaban como presos y cautivos de ella"<sup>17</sup>.

A pesar del entorno agradable en el que vive, Teresa estaba decidida a no ser monja. Admiraba a las agustinas, pero aquel estado no era para ella. Más aún, lo aborrecía. De hecho, habla de "la gran enemistad que tenía con ser monja, que se me había puesto grandísima" (V 3, 1). Teresa reconoce que María Briceño tenía un he-



chizo especial que la fascinó siempre. "Holgábame de oírla -nos dice-, cuán bien hablaba de Dios porque era muy discreta y santa. Esto, a mi parecer, en ningún tiempo dejé de holgarme de oírlo" (V 3, 1). La influencia que la religiosa agustina ejerce sobre Teresa es considerable. A su lado, Teresa observa cómo cambian sus sentimientos. Ya no se siente 'enemiguísima' de ser monja, sino que va teniendo "más amistad de ser monja". Teresa parece revivir sus deseos de la niñez cuando deseaba ser monja; al menos, eso le parecía<sup>18</sup>. Por otro lado, descubre en ella el sentimiento de miedo a casarse (V 3, 2). Recupera las ganas de ordenar con más cuidado su vida religiosa y surge el anhelo -nos dice-, "a tornar a poner en mi pensamiento deseo de las cosas eternas" (V 3, 1). No obstante todo ello, Teresa no comienza a pensar de una manera nueva, sino a recuperar una costumbre que había descuidado. Retorna también a la práctica de la oración: "comencé a rezar muchas oraciones vocales" (V 3, 2). Ruega también al Señor la ilumine y le dé a conocer "el estado en el que le había de servir" (V 3, 2). Para llegar a este discernimiento se encomienda a las oraciones de todas.

Lo que realmente llama la atención es el cambio de actitud que se opera en ella respecto de su consagración como religiosa. Comienza a moverse por su mente el pensamiento de ser

religiosa, si bien era una idea que, de momento, iba y venía (V 3, 2). Esto fue obra, sin duda, de las agustinas. Como observa el P. Silverio, Teresa sale de las agustinas "completamente transformada, con otros pensamientos en su cabeza y otros amores en su corazón"<sup>19</sup>. Por ello, no deja de sorprender que Teresa, cuando se consolida en ella el deseo de ser monja, no entre en el convento de sus admiradas y ejemplares agustinas. Da su razón. Teresa tenía la impresión, -no la seguridad ni la convicción-, de que la vida austera y mortificada de las agustinas era de "extremos demasiados" (V 3, 2). No se preocupó de averiguarlo y comprobarlo. Teresa había elegido ya el monasterio. Profesaría como religiosa únicamente, dice ella, en aquel convento donde se encontraba "su grande amiga" (V 3, 2) a la que Teresa "tenía mucha afición" (V 4, 1). Teresa pensaba mucho las cosas y, por ello, la decisión era firme. Hecha la opción por la vida religiosa decide no volverse a atrás "por ninguna manera, habiéndolo dicho una vez" (V 3, 7). Entre las agustinas Teresa tenía amigas. Más aún, todas eran sus amigas, pero posiblemente no tenía una amiga para compartir sus confidencias íntimas. Su amiga verdadera se llamaba Juana Juárez y se encontraba en el monasterio de la Encarnación y allí ingresó Teresa<sup>20</sup>. La Santa reconoce, sin embargo, con lamento y pena que en dicha elección actuó más bien lleva-

<sup>19</sup> Silverio, o.c., p. 106.

<sup>20</sup> Véase Tomás Álvarez, Libro de la Vida 3, 2, nota 2 y 4, 2, nota 2 en *Obras completas*. Edición 15ª preparada por Tomás Álvarez. Monte Carmelo. Burgos 2009.

<sup>21</sup> La conversión no se da generalmente de golpe y de una sola vez. Es un camino largo hasta llegar a la entrega radical a Dios. Mientras se hace el camino se van alcanzando etapas significativas en el proceso. Esos momentos de cambio de rumbo para ir avanzando en la misma dirección suelen llamarse "conversiones". Según Marcelle Auclair, la primera de sus tres conversiones tendría lugar en el momento en el que Teresa decide "forzarse" para ser monja (V 3, 5). A preparar ese momento contribuyeron María Briceño y las conversaciones, las lecturas leídas en voz alta y comentadas con su tío Pedro Sánchez de Cepeda, y que generalmente versaban sobre Dios, la vanidad del mundo, la vida que es breve y corta y el miedo a ser condenada. Cae entonces en la cuenta que ser monja "era el mejor y más seguro estado" (V 3, 5). Teresa determina "forzarse" para lograrlo (V 3, 5). Véase Marcelle Auclair, «Les trois conversions de Sainte Thérèse», en *Carmel* 38 (1955) pp. 5-6. Otros especialistas suelen distinguir cinco conversiones (Véase Castro, Secundino, *Ser cristiano según Santa Teresa*. Editorial de Espiritualidad. Madrid 1985, pp. 49-50). Por lo que se refiere a San Agustín el Papa Benedicto XVI habla de tres conversiones. Puede verse Homilía del Santo Padre Benedicto. Pavía, domingo 22 de abril de 2007. Concelebración eucarística con los obispos de Lombardia, los sacerdotes de la Diócesis y una representación de los Padres Agustinos en Pavía. Texto en [www.vatican.va](http://www.vatican.va) Puede verse también *Benedetto XVI, San'Agostino spiegato dal Papa*. A cura di Giuliano Vignini. Libreria Editrice Vaticana 2010. San'Agostino. La triplice conversione. Aula Pablo VI, Mercoledì, 27 febbraio 2008, pp. 35-40.

da por el capricho, el gusto y la vanidad que buscando el bien de su alma (V 3, 2).

De todos modos, con la ayuda y el ejemplo de su Maestra María Briceño, vuelve a recuperar sus prácticas religiosas, intensifica la oración, comienza a pensar de nuevo y con asiduidad en las verdades eternas, desmonta completamente su actitud de rechazo a ser monja, y ya no la inspira miedo serlo. Su mundo afectivo-religioso se había reorientado. A su lado, nos dice Teresa como resumiendo la influencia bienhechora de la Madre María Briceño, "quiso el Señor comenzar a darme luz" (V 2, 10). Esta segunda 'conversión' de Teresa, si es que no se la puede considerar como la primera, la hace en una atmósfera espiritual agustiniana<sup>21</sup>. Esto es, sin duda, muy significativo a la hora de buscar la línea agustiniana en la Santa. Teresa había recibido, sin duda, una educación agustiniana y vivía en un entorno agustiniano. De hecho, en el monasterio había imágenes, estatuas y cuadros que la hacían pensar en San Agustín. Repetidas veces, sin duda, oíría hablar de San Agustín, de su vida y doctrina a las religiosas, especialmente a su Maestra, pues la había contado cómo había llegado a ser monja y, sin duda, religiosa agustina (V 3, 1). Se lo escucharía también a los sacerdotes y directores espirituales del convento, al menos, cuando celebraban la eucaristía y predicaban.

Y, sin embargo, en todo este tiempo, Teresa no hace referencia alguna a la espiritualidad agustiniana. Parece como si la doctrina agustiniana no hubiera reobrado sobre ella. Reorganizó, ciertamente, su vida de piedad, pero lo hace desde ella misma y como era

ella, animada, como se ha dicho, por el entorno religioso aleccionador y reconfortante.

Teresa volvió a ser 'la sí misma' de siempre y desde sí misma, no desde nadie, no asimilando internamente la figura o la doctrina de nadie, excepto la persona y doctrina de Jesucristo en quien siempre estuvo inmersa como lo estuvo también en la devoción a la Virgen María. Teresa tenía doce años cuando fallece su madre, y comenta: "cuando murió mi madre (...) comencé a entender lo que había perdido, afligida fuime a una imagen de nuestra Señora y supliquéla fuese mi madre, con muchas lágrimas" (V 1, 7). Vuelve, pues, al candor de su religiosidad primera. En la 'conversión' que experimentó en el convento de las agustinas, Teresa volvió a Jesucristo desde sí misma, no desde la Madre María Briceño y menos desde San Agustín, aunque sí estimulada por la palabra y el ejemplo de su gran Maestra de la que gustaba "la buena y santa conversación" (V 3, 1)<sup>22</sup>.

### III. El encuentro de Santa Teresa con el libro de las Confesiones de San Agustín

Santa Teresa tenía ya un recuerdo agradable de la espiritualidad agustiniana recibida y respirada en el Convento de Nuestra Señora de Gracia. Allí, en un ambiente agustiniano, había experimentado, sin duda, un gran cambio en su vida. Ahora, a los 39 años, llega a sus manos ocasionalmente y sin buscarlo el libro de las Confesiones de Agustín. La lectura caló en su alma

<sup>22</sup> La Madre María Briceño tuvo, al final de sus días, la increíble satisfacción de ver a su admiradora alumna Teresa fundar en Ávila su primer convento de la reforma tomando, prácticamente, como modelo el rigor y la austeridad del convento de sus ejemplares religiosas agustinas. Véase Sánchez Moguel, Antonio, Santa Teresa de Jesús y las agustinas de Ávila, en *Basilica Teresiana*, 15 diciembre de 1898, núm. 15, Año II, p. 462.

<sup>23</sup> Blanchard, Pierre, La structure agustinienne de la pensée thérésienne. En *Divinitas* 7 (1963) 351-386, p. 364.

y la afectó hondamente, pues se produce en ella lo que podría llamarse la segunda conversión llevada a cabo con motivaciones agustinianas. Pierre Blanchard considera este momento no como "una nueva conversión", sino más bien como "la conversión"<sup>23</sup>.

### **3.1. Las Confesiones como espejo en el que Santa Teresa se ve a sí misma**

Conviene tener en cuenta que antes de leer el libro de las Confesiones Teresa se encuentra con la imagen del "Cristo muy llagado" que la conmocionó profundamente (V 9, 1). El volcán de sentimientos que surge en ella es sorprendente. Ve representado en aquella imagen todo el amor inimaginable e increíble hasta la locura que Dios tiene por cada uno de los hombres, incluida también ella misma. El amor le llevó a sufrir la crueldad de la tortura más despiadada por amor a Teresa. Y ella, sin embargo, ni siquiera se había sentido capaz de agradecer "aquellas llagas" (V 9, 1). Al contrario, indignamente desagradecida, continuaba inmisericordemente prisionera de sus "ruines costumbres", pues aunque quería liberarse, no lo conseguía (V 9, 1). Aquella escena provoca en el alma de Teresa, que ya venía cansada y agobiada de tanta ruindad, un poderoso incendio interior. Siente que se la parte el corazón por su ingratitud ante Dios que la ama intensamente, y que le manifiesta y da pruebas de su amor hasta lo increíble del sufrimiento y hasta derramar su sangre en el suplicio despiadado de una cruz. Profundamente estremecida, Teresa se arroja ante el Señor inundada "con grandísimo derramamiento de lágrimas", implorando perdón y ayuda para no volver a ofenderle "ya de una vez" (V 9, 1). Él tanto, ella nada y, ade-

más, ruin. Teresa reconoce que aquel encuentro caló hondo en ella. De hecho, en otras ocasiones, Teresa se ponía, como la Magdalena, a los pies del Señor que estaba dentro de ella y derramaba lágrimas, pero, dice ella, "pres-to se me olvidaba aquel sentimiento" (V 9, 2). Sin embargo, la vivencia ante el Cristo muy llagado ahondó realmente, pues no solamente la ayudó a poner toda su confianza en Dios, sino que fue "mejorando mucho desde entonces" (V 9, 3).

Un encuentro como éste, calado de tanta emotividad y eficacia para el perfeccionamiento espiritual, no solamente no se olvida aunque se consigne por escrito ocho u once años más tarde, sino que se recuerda con claridad qué lugar ocupa en la secuencia de los acontecimientos. La vaguedad de determinadas expresiones empleadas por Teresa (V 9,1; V 9, 7) puede manifestar, en cierto modo, inseguridad sobre la fecha exacta o el mes preciso, pero no incertidumbre sobre el orden secuencial y cronológico de los acontecimientos. Ciertamente Teresa reconoce su imprecisión ante determinados momentos más o menos importantes para las cosas que trata (M IV, 2, 1; M III, 1, 9). Pero este caso es muy peculiar. El poder emocional extraordinario que estremece a Teresa en la totalidad de su alma queda, evidentemente, fijado en su memoria con toda nitidez. El enamoramiento hondo de Dios que experimenta Teresa, encendido a través de la contemplación de la imagen del Cristo muy llagado, no se borra nunca de la mente ni se confunde el orden en el que aconteció por muy importantes que hayan sido otros acontecimientos habidos en ese mismo tiempo. Por ello, todo indica que

<sup>24</sup> Tomás Álvarez sitúa la "conversión de Teresa ante un Cristo muy llagado" y la lectura de las Confesiones en 1554. La edición que leyó Teresa, como ya hemos dicho, apareció publicada el día 15 de enero del mismo año, y comienza a leerlas "poco tiempo después". Véase Efrén de la Madre de Dios y Otger Steggink, *Tiempo y vida de Santa Teresa*, Madrid, B.A.C., 1996, 3ª ed., p. 147, núm. 185.

aquella escena puso a Teresa en el ámbito espiritual adecuado para leer las Confesiones de Agustín y continuar reconociéndose, durante la lectura, ingrata ante tanto amor y tanta gracia que el Señor la comunicaba, "ganoso" de llevarla por el mejor camino (V 3, 3). La lectura de las Confesiones, leídas en sintonía emotiva con el proceso de Agustín que lucha para entregar el corazón a Dios de una vez por todas, contribuyó igualmente a que Teresa diera el paso tan importante en su vida. Poco importa el tiempo transcurrido entre la escena del Cristo muy llagado y la lectura de las Confesiones, que posiblemente no fue tanto, pues Teresa lo describe como algo que va muy unido<sup>24</sup>. El estremecimiento espiritual ante la imagen de Cristo es tan fuerte y conmovedor que se mantiene vivo toda la vida como si acabara de ocurrir. Tampoco parece muy importante conocer el tiempo que empleó Teresa en leer las Confesiones, pues ya desde la primera página comienza Agustín a reconocer, como Teresa ante el Cristo, la grandeza de Dios, la insignificancia, pequeñez, debilidad, empecatamiento e ingratitud del hombre, el reconocimiento del amor indecible de Dios, el deseo de alabarle y la acción oculta de Dios que dirige afanosamente al hombre hacia Él. Así comienzan las Confesiones: "*¿Y pretende alabarte el hombre, pequeña parte de tu creación, y precisamente el hombre, que, revestido de su mortalidad, lleva consigo el testimonio de su pecado? (...) Con todo, quiere alabarte el hombre (...). Tú mismo le excitas a ello (...), porque nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti*" (Conf. I, 1). Es la melodía que se escucha en las Confe-

siones. Teresa penetraba con facilidad y sintonizaba sin dificultad alguna con el inmenso mundo espiritual abierto por la consideración y contemplación de una imagen. Teresa buscaba imágenes para adentrarse en la vida de Dios. De hecho, cuando lee las Confesiones y bucea dentro de ellas, recordará impactada y estremecida únicamente la escena del huerto que es, en el fondo, equivalente a una imagen. Teresa tiene la capacidad extraordinaria de leer en profundidad las imágenes. Por esta razón, comprende que la voz en el huerto no se dirigía a Agustín, sino a ella misma. Todo esto sugiere, pues, que gracias a la contemplación de la imagen del Cristo muy llagado Teresa dispone de la vivencia adecuada para leer con eficacia las Confesiones, revivir en ellas el amor de Dios, sentir la arrogancia del hombre, experimentar la búsqueda silenciosa, infatigable que Dios hace del hombre y dejarse afectar hondamente, a pesar de que las Confesiones son de comprensión un tanto peculiar. La imagen del Cristo muy llagado fue para Teresa una buena introducción a las Confesiones. La lectura de las Confesiones confirmó y reforzó la decisión que Teresa había tomado ya ante la imagen del Cristo<sup>25</sup>. Los dos acontecimientos indican que la hora de la liberación total está ya cerca.

Transcribimos seguidamente las palabras de Teresa hablando de las impresiones y sentimientos que surgen en ella con la lectura que hace de las Confesiones. Comienza diciendo que:

*"En este tiempo me dieron las Confesiones de San Agustín, que parece que el Señor lo ordenó, porque yo no las procuré, ni nunca las había visto. Yo soy muy aficionada a San*

<sup>24</sup> Efrén y Otger Steggink dicen a este propósito: "Tal fue la célebre conversión de Santa Teresa. Consistía en una determinación interior hecha ante la imagen de un Cristo muy llagado y confirmada con las Confesiones de San Agustín". Véase Efrén de la Madre de Dios y Otger Steggink, *Tiempo y vida de Santa Teresa*, Madrid, B.A.C., 1996, 3ª ed., p. 148, núm. 186. Para una visión rápida sobre la cuestión relativa a la secuencia cronológica de la contemplación de la imagen del Cristo y la lectura de las Confesiones, puede verse Salvador Ros García, *La experiencia de Dios en mitad de la vida*. Editorial de Espiritualidad. Madrid 2010, pp. 107-109.

*Agustín, porque el monasterio adonde estuve seglar era de su Orden; y también por haber sido pecador, que en los santos que después de serlo el Señor tornó a Sí hallaba yo mucho consuelo, pareciéndome en ellos había de hallar ayuda y que como los había el Señor perdonado, podía hacer a mí; salvo que en una cosa me desconsolaba, como he dicho, que a ellos sola una vez los había el Señor llamado y no tornaban a caer, y a mí eran ya tantas, que eso me fatigaba. Mas considerando en el amor que me tenía, tornaba a animarme, que de su misericordia jamás desconfié; de mí, muchas veces.*

*¡Oh, válgame Dios, cómo me espanta la reciedumbre que tuvo mi alma, con tener tantas ayudas de Dios! Háceme estar temerosa lo poco que podía conmigo, y cuán atada me veía para no me determinar a darme del todo a Dios (V 9, 7).*

Teresa considera, pues, providencial el encuentro con el libro de la Confesiones. Nunca las había visto y nunca había intentado hacerse con ellas. Fue Dios, como dice ella, quien las puso en sus manos para acercarla más a Él. Ya se ha dicho que Teresa guardaba de Agustín un grato recuerdo, pues las religiosas agustinas supieron transmitirle admiración, simpatía y devoción por el Santo. Ahora le lee directamente y siente su acción benéfica y poderosa sobre ella. Comprende que Agustín la puede ayudar porque también él fue un pecador y conoce por propia experiencia los momentos amargos que se pasan cuando se quieren superar deficiencias e imperfecciones y no se consigue. El ejemplo de Agustín la animaba a invocarle, orarle y a mantenerse firme en sus oraciones y esfuerzos. Sin embargo, desconfiaba mucho de sí misma, pues se consideraba más pecadora

que el mismo Agustín. Su sensibilidad agudísima, prodigiosa y sorprendente ante las ofensas mínimas e insignificantes que se puedan hacer a Dios, la convierte, ante su propia conciencia, en la pecadora más grande. Así se ve a sí misma ante Dios. Según ella, Dios llamó a Agustín una vez, se convirtió y no volvió a caer más en adelante. Dios, por el contrario, la llama muchas veces, cae otras tantas, vuelve a levantarse y a caerse, y eso la fatiga. Sin duda, su vivencia penetrante de lo que es la santidad limpia y pura sin sombra alguna la lleva a exagerar y abultar su imperfección mínima. Cobra, sin embargo, nuevos ánimos pensando en la misericordia divina, pues nunca desconfió de ella. Agustín y la providencia divina la pusieron de nuevo en el camino que andaba buscando.

Las Confesiones reobran con poder sobre Santa Teresa. Las ve, sorprendentemente, como el espejo que reproduce su propia vida: "Como comencé a leer las Confesiones, paréceme me veía yo allí" (V 9, 8). Ciertamente en las Confesiones de San Agustín como en el libro de la Vida o las Moradas de Santa Teresa hay un aire que resulta familiar. No podía ser de otra manera. San Agustín es un convertido que decide a llevar a cabo la entrega de sí mismo a Dios en alma y corazón. También Santa Teresa logra vaciarse de sí misma y entregarse entera a Dios, o como dice ella misma, "darse del todo a Dios" (V 9, 7). En este doloroso proceso de entrega total hay comportamientos débiles, huídas de sí mismos, vuelta a pasados errores o 'ruindades' como dice la Santa. Hay dilaciones y aplazamientos. Todo ello constituye una situación incómoda de alejamiento de Dios, rodeos, imperfecciones e intentos fallidos de recuperación. Y, sin embargo, en medio de todas las turbulencias, perciben la presencia de la mano invisible y pro-

vidente de Dios que misteriosamente los va guiando. Ante esta gracia salvadora que rehace sus vidas, el corazón no puede menos de desbordarse en alabanzas a Dios que los ama intensamente y sin cansarse a pesar de sus ingratitudes. No puede, pues, sorprender que las expresiones que surgen en este contexto y situación puedan presentar un aire muy familiar o similar y casi con una misma estructura. Si la situación vivencial original de conversión radical es muy semejante, las expresiones que las describan también lo serán. No es preciso, pues, recurrir al influjo de uno de ellos sobre el otro, o a la influencia de un determinado modelo de narración para dar cuenta de la similitud. La semejanza esencial surge de su fuente primera que es la vivencia de la conversión perfecta y completa. Transcribimos algunos textos para caer en la cuenta de ello. Agustín describe con estilo poderoso la lucha dramática y torturadora que libraba día tras día en su interior:

*"Mientras yo decía esto, y alternaban estos vientos, y zarandeaban de aquí para allí mi corazón, se pasaba el tiempo, y tardaba en convertirme al Señor, y difería de día en día vivir en ti, aunque no difería morir todos los días en mí. Amando la vida feliz temía la donde se hallaba y buscábala huyendo de ella. Pensaba que había de ser muy desgraciado si me veía privado de las caricias de la mujer y no pensaba en la medicina de tu misericordia, que sana esta enfermedad, porque no había experimentado aún y creía que la continencia se conseguía con las propias fuerzas, las cuales echaba de menos en mí, siendo tan necio que no sabía lo que está escrito de que nadie es continente si tú no se lo dieras. Lo cual ciertamente tú me lo dieras si llamase a tus oídos con gemidos*

*interiores y con toda confianza "arrojase en ti mi cuidado" (Conf. VI, 11, 20).*

*"Ya tenía treinta años y todavía me hallaba en el mismo lodazal, ávido de gozar de los bienes presentes, que huían y me disipaban, en tanto que decía: "Mañana lo averiguaré; la verdad aparecerá clara y la abrazaré" (VI, 11, 18)*

*"Y decíame a mí mismo interiormente: "¡Ea! Sea ahora, sea ahora"; y ya casi: pasaba de la palabra a la obra, ya casi lo hacía; pero no lo llegaba a hacer" (...) y tomaba aliento y lo intentaba de nuevo; y era ya un poco menos lo que distaba, y otro poco menos, y ya casi tocaba al término y lo tenía; pero ni llegaba a él, ni lo tocaba, ni lo tenía" (Conf. VIII, 11, 25). "Reteníanme unas bagatelas de bagatelas y vanidades de vanidades antiguas amigas mías; y tirábanme del vestido de la carne, y me decían por lo bajo: "¿Nos dejas?" Y "¿desde este momento no estaremos contigo por siempre jamás?" Y "¿desde este momento nunca más te será lícito esto y aquello?"*

*¡Y qué cosas, Dios mío, qué cosas me sugerían con las palabras esto y aquello! Por tu misericordia aléjelas del alma de tu siervo. ¡Oh qué suciedades me sugerían, que indecencias! (...) Hacían, sin embargo, que yo, vacilante, tardase en romper y desentenderme de ellas y saltar adonde era llamado, en tanto que la costumbre violenta me decía: "¿Qué?, ¿piensas tú que podrás vivir sin estas cosas?" (Conf. VIII, 11, 26)*

*"(...) y lanzaba voces lastimeras: "¿Hasta cuándo, hasta cuándo, ¡mañana!, ¡mañana! ¿Por qué no hoy? ¿Por qué no poner fin a mis torpezas en esta misma hora?" (Conf. VII, 12, 28). "Mi vida (...) no me parecía vida, sino tormento" (Conf. VI, 12, 22).*

Teresa también sufrió esa batalla dura de amores opuestos que la encadenan e impiden dedicarse a Dios enteramente. Sin embargo, dada su vida sencilla y blanca, el conflicto interior no pudo ser tan desgarrador como el de Agustín. Desde esa tensión interna dice Santa Teresa:

*"Pasaba una vida trabajosísima... Por una parte, me llamaba Dios; por otra, yo seguía al mundo. Dábanme gran contento todas las cosas de Dios; teníanme atada las del mundo. Parece que quería concertar estos dos contrarios, tan enemigos uno del otro, como es vida espiritual y contentos y gustos y pasatiempos sensuales" (V 7, 17).*

*"En la oración pasaba gran trabajo, porque no andaba el espíritu señor, sino esclavo; y así no me podía encerrar dentro de mí (que era todo el modo de proceder que llevaba en la oración) sin encerrar conmigo vanidades.*

*Pasé así muchos años, que ahora me espanto qué sujeto bastó a sufrir que no dejase lo uno o lo otro. Bien sé que dejar la oración no era ya en mi mano, porque me tenía con las tuyas el que me quería para hacerme mayores mercedes. (...) Y era que había ya visto el Sabedor de todas las cosas que era menester así, para que en las que después he hablado de su servicio me diesen algún crédito, y miraba su soberana largueza, no los grandes pecados, sino los deseos que muchas veces tenía de servirle y la pena por no tener fortaleza en mí para ponerlo por obra" (V 7, 17 y 18).*

*"Pasé este mar tempestuoso casi veinte años, con estas caídas y con levantarme y mal -pues tornaba a*

*caer- y en vida tan baja de perfección, que ningún caso casi hacía de pecados veniales, y los mortales, aunque los temía, no como había de ser, pues no me apartaba de los peligros. Sé decir que es una de las vidas penosas que me parece se puede imaginar; porque ni yo gozaba de Dios ni traía contento en el mundo. Cuando estaba en los contentos del mundo, en acordarme lo que debía a Dios era con pena; cuando estaba con Dios, las aficiones del mundo me desasosegaban. Ello es una guerra tan penosa, que no sé cómo un mes la pude sufrir, cuánto más tantos años. Con todo, veo claro la gran misericordia que el Señor hizo conmigo" (V 8, 2).*

*"Deseaba vivir -que bien entendía que no vivía, sino que peleaba con una sombra de muerte-, y no había quien me diese vida, y no la podía tomar" (V 8, 12).*

*"Pues ya andaba mi alma cansada y, aunque quería, no le dejaban descansar las ruines costumbres que tenía" (V 9, 1).*

*"Cuán atada me veía, para no me determinar a darme del todo a Dios... Oh, qué sufre un alma... por perder la libertad, que había de tener de ser señora" (V 9, 8).*

Por ello, insistirá Teresa en la necesidad de recurrir al Señor para librarse de los peligros "del canto de las sirenas" (C 3, 5).

Los dos, Agustín y Teresa, descubrirán, a su vez, en su amarga lucha interna, la acción secreta, disfrazada y benéfica de Dios en sus vidas como una señal de amor de Dios al hombre, a quien no abandona nunca a pesar de sus infidelidades. En este sentido dice Agustín:

*"(...) Mas yo erraba por mi orgullo*

<sup>26</sup> Dice Teresa en dicha carta: "Que cosa es la misericordia de Dios, que mis pecados han hecho bien a su merced, (...) y así intitulé ese libro «De las misericordias de Dios». En este mismo sentido comenta Teresa: "Acuérdense de sus palabras y miren lo que ha hecho conmigo, que primero me cansé de ofenderle, que Su Majestad dejó de perdonarme. Nunca se cansa de dar ni se pueden agotar sus misericordias; no nos cansemos nosotros de recibir. Sea bendito para siempre, amén, y alábenle todas las cosas" (V 19, 15).

y era arrastrado por toda clase de viento, aunque ocultísimamente era gobernado por tí" (Conf. IV, 14, 23)

"Pero tú, Señor, permaneces eternamente y no te aíras eternamente contra nosotros, porque te compadeciste de la tierra y ceniza y fue de tu agrado reformar nuestras deformidades. Tú me agujoneabas con estímulos interiores para que estuviese impaciente hasta que tú me fueses cierto por la mirada interior. Y bajaba mi hinchazón gracias a la mano secreta de tu medicina; y la vista de mi mente, turbada y obscurecida, iba sanando de día en día con el fuerte colirio de saludables dolores (Conf. VII, 8, 12).

"Oí tu voz detrás de mí, que volviese; pero apenas la oí por el tumulto de los sin-paz" (Conf. XII, 10, 10).

Por su parte, Santa Teresa en la carta 415, 1, dirigida a don Pedro de Castro y Nero, el día 19 de noviembre del 1581, y refiriéndose al libro de la Vida, dice:

"Intitulé este libro «de las misericordias de Dios»<sup>26</sup>, de las maravillas que Dios hizo en su vida. Este fue el título que ella puso al libro que ha pasado a llamarse Libro de la Vida o Autobiografía. También las Confesiones de Agustín cantan esas misericordias y maravillas. Refiere todavía Santa Teresa:

"Paréceme andaba Su Majestad mirando y remirando por donde me podía tornar a sí" (V 2, 8).

"Dios (...) procuraba contra mi voluntad que del todo no me perdiese" (V 2, 8).

"En este tiempo (...) andaba más ganoso el Señor de disponerme para el estado que me estaba mejor" (V 3, 3)

"Bendito seáis por siempre, que aunque os dejaba yo a Vos, no me dejasteis Vos a mí tan del todo, que no me tornase a levantar, con dar-me Vos siempre la mano; y muchas

veces, Señor, no la quería, ni quería entender cómo muchas veces me llamabais de nuevo" (V 6, 9).

"Pues para lo que he tanto contado esto es, como he ya dicho, para que se vea la misericordia de Dios y mi ingratitud; lo otro, para que se entienda el gran bien que hace Dios a un alma que la dispone para tener oración con voluntad, aunque no esté tan dispuesta como es menester, y cómo si en ella persevera, por pecados y tentaciones y caídas de mil maneras que ponga el demonio, en fin tengo por cierto la saca el Señor a puerto de salvación, como a lo que ahora parece-me ha sacado a mí. Plega a Su Majestad no me torne yo a perder" (V 8, 4)

"Mas este entendimiento está tan perdido, que no parece sino un loco furioso que nadie le puede atar, ni soy señora de hacerle estar quedo un credo. Algunas veces me río y conozco mi miseria, y estoy mirando y déjole a ver qué hace; y gloria a Dios- nunca por maravilla va a cosa mala, sino indiferentes; si algo hay que hacer aquí y allí y acullá. Conozco más entonces la grandísima merced que me hace el Señor cuando tiene atado este loco en perfecta contemplación. Miro qué sería si me viesen este desvarío las personas que me tienen por buena. He lástima grande al alma de verla en tan mala compañía. Deseo verla con libertad, y así digo al Señor: ¿cuándo, Dios mío, acabaré ya de ver mi alma junta en vuestra alabanza, que os gocen todas las potencias? ¡No permitáis, Señor, sea ya más despedazada, que no parece sino que cada pedazo anda por su cabol!" (V 30, 16).

Las Confesiones conmocionaron profundamente a Teresa:



*"Cuando llegué a su conversión y leí cómo oyó aquella voz en el huerto (Conf. VIII, 12) no me parece sino que el Señor me la dio a mí, según sintió mi corazón. Estuve por gran rato que toda me deshacía en lágrimas y entre mí misma con gran aflicción y fatiga. ¡Oh, qué sufre un alma, válgame Dios, por perder la libertad que había de tener de ser señora, y qué de tormentos padece! Yo me admiro ahora cómo podía vivir en tanto tormento. Sea Dios alabado que me dio vida para salir de muerte tan mortal" (V 9, 8).*

*"Páreceme que ganó grandes fuerzas mi alma de la divina Majestad, y que debía oír mis clamores y haber lástima de tantas lágrimas. Comencéme a crecer la afición de estar más tiempo con él y a quitarme de los ojos las ocasiones, porque, quitadas, luego me volvía a amar a su Majestad; que bien entendía yo, a mi parecer, le amaba, mas no entendía en qué está el amar de veras a Dios, como lo había de entender" (V 9, 9).*

Teresa, asistiendo a la vida de Agustín, está ella misma contemplando, sorprendentemente, la propia como si sus vidas hubieran sido iguales en todo el proceso. Escucha, incluso, la voz que la invita a convertirse de una vez y sin más dilación. El estímulo poderoso que Teresa recibe leyendo las Confesiones logró que la voz, que siempre oyó resonar dentro de sí, la escuche ahora con más fuerza, nitidez y apremio. Agustín influyó en la vida de Teresa, la conmocionó y la ayudó a emprender el camino en el que ella siempre quiso estar. Lo había intentado antes durante casi veinte años y no lo consiguió (V 8, 2). Tenía ya "el alma cansada", "estrugada" de andar "de vanidad en vanidad" y de "pasatiempo en pasatiempo" en un permanente conflicto interior

consigo misma. "Deseaba vivir", pero "no vivía", "peleaba con una sombra de muerte". La súplica empapada en sollozos y de rodillas y con el "corazón partido" y con "grandísimo derramamiento de lágrimas" ante el "Cristo muy llagado" auguraba ya próxima la hora de la liberación. La lectura de Agustín fue, como suele decirse, la última gota que hizo desbordar el vaso. Allí se vio Teresa ineludible e irrecusablemente a sí misma escuchando los gemidos de Agustín que intentaba darse a luz a sí mismo. No solamente asistía a "las angustias de la indecisión" (Conf. VIII, 8, 19) por las que pasó Agustín y que, en aquel momento, Teresa sentía incendiarse las suyas, sino que ella misma asentía y verificaba en su interior la gran verdad de Agustín cuando decía: "me destrozaba a mí mismo" (Conf. VIII, 10, 22), "bramaba en espíritu (...) con una turbulentísima indignación" (Conf. VIII, 8, 19). Y dice todavía "me gritaban todos mis huesos" (Conf. VIII, 8, 19). Teresa, que siempre se consideró "ruin" y llena de miserias, la parecería que ella misma estaba asistiendo y presenciando por dentro la ocasión y el momento al que se refiere Agustín cuando dice: "una consideración (...) amontonó toda mi miseria a la vista de mi corazón, estalló en mi alma una tormenta enorme, que encerraba en sí copiosa lluvia de lágrimas. Y para descargarla toda con sus truenos (...) me retiré lo más remotamente que pude" (Conf. VIII, 12, 28). "Solté la rienda a las lágrimas, brotando dos ríos de mis ojos, (Conf. VIII, 12, 28). El aspecto físico del rostro de Agustín era otro. La lucha angustiosa que pasaba por su alma se traslucía al exterior pues era una conmoción "inusitada" (Conf. VIII, 11, 27). "El tono de voz", "los ojos", "las mejillas", "la frente" y hasta "el color" expresaban mejor el estado de su alma que las palabras (Conf. VIII, 8, 19). Alipio, que le estaba viendo, quedó "atónito

en silencio" (Conf. VIII, 8, 19). Esta lucha de sí mismo contra sí mismo como la llama Agustín, Teresa la sentía y la reavivaba. "Reteníanme, dice Agustín, unas bagatelas de bagatelas y vanidades de vanidades" (Conf. VIII, 11, 26). Teresa repite, como hemos visto, casi la misma frase porque la experiencia, independientemente de la intensidad, es la misma, la lucha dolorosa por la donación completa y perfecta de sí mismo a Dios.

La lectura conmocionó a Teresa profundamente: "estuve por gran rato, dice Teresa, que toda me deshacía en lágrimas, y entre mí misma con gran aflicción y fatiga" (Conf. V 9, 8). Los efectos espirituales fueron extraordinarios e inmediatos: "ganó grandes fuerzas mi alma de la divina Majestad" y "comenzóme a crecer la afición de estar más tiempo con El" (Conf. V 9, 9). Agustín la ayudó, pues, a reunificar más su interior dividido en amores y a liberarse más de sí misma y a avanzar hacia el triunfo definitivo sobre sí. Agustín, "el pecador", fue el espejo en el que ella se vio, reconoció, se sintió interpelada y decidió triunfar sobre sí misma como Agustín, pero en aquel momento no lo consiguió plenamente. Todavía tendrá que esperar algún tiempo hasta que el Señor le conceda la libertad plena de su cautividad. Sin embargo, aquella escena estremecedora de la conversión de Agustín no podrá quitarla ya de su mente. La acompañará siempre con su poder lo mismo que la escena del Cristo muy llagado que la preparó y ayudó para verse a sí misma en las Confesiones. No obstante, el momento de la entrega total a Dios no fue tan dramático en Teresa como en San Agustín. Ciertamente Teresa la había buscado durante muchos años "con todas cuantas diligencias" y "haciendo hartas veces tan gran fuerza" que ponía en peligro su salud (V 24,

8). Pero un buen día, pasado en mucha oración suplicando a Dios que la ayudase "a contentarle en todo", el Señor le concede, con una intervención divina prodigiosa, la ansiada libertad (V 24, 8).

Para Teresa Agustín es un pecador que vivió angustiadamente el drama de su donación sin reservas a Dios y lo consiguió. Es un ejemplo para reconocerse en él, recordarle con admiración y devoción y recurrir a él suplicando ayuda. Las Confesiones son para Teresa el símbolo de un paso más dado en la lucha por la libertad. Agustín influyó decisivamente en su voluntad, en su vida, pero llegó sólo hasta ahí. No influyó en su estructura mental, pero sí intensificó su piedad religiosa. Nos parece que el P. Silverio resume acertadamente esta idea cuando dice que la conversión "en la Santa no fue el paso de una vida disoluta, ni siquiera tibbia en el servicio de Dios, a otra más ordenada y fervorosa. Fue una especie de conversión a mayor continuidad en la oración mental, a mayor intensidad de amor divino, a mayor despego de criaturas, a mayor diligencia en la evitación de pecados veniales"<sup>27</sup>. Teresa, pues, continuó siendo siempre ella misma. Su estilo espiritual, su espiritualidad y el proceso mental no es agustiniano, es el de ella. Tendremos todavía ocasión de verlo en otro apartado.

Digamos, una vez más, que, no obstante todo esto, resulta difícil pensar que Teresa hubiera tomado como modelo la narración que Agustín hace de su lucha interior. No es necesario haber leído las Confesiones de Agustín para hacer una descripción similar o parecida. Basta sencillamente haber pasado por la experiencia dura de la entrega abierta, generosa y decidida a Dios. Los dos la tuvieron como la pueden

<sup>27</sup> Véase Silverio, o. c., p. 338.

tener otros muchos creyentes, y que la describirían de manera parecida. La diferencia de la narración va en la persona. Agustín es un experto en retórica, conoce bien los recursos para dramatizar la escena real y angustiosa. Es, además, un filósofo. Teresa, por su parte, es, en cierto modo, una autodidacta, pero con una inteligencia intuitiva excepcional, un corazón femenino dotado de una sensibilidad religiosa sorprendente y una capacidad expresiva llana, nada rebuscada, pero siempre acertada con la expresión o la palabra. Esto explicaría la semejanza en la narración y la diferencia. Todo ello nos hace pensar que Teresa, a la hora de escribir su propia vida, no toma como modelo a Agustín.

### **3.2. Las Confesiones de Agustín como algo más que el espejo en el que se vio Santa Teresa**

Si bien se observa, el afán enardecido y emocionado que busca la propia coherencia interna lleva a Teresa a prescindir, en cierto modo, de los elementos diferenciadores expuestos con innegable claridad en las Confesiones. Teresa ve en Agustín primordialmente la lucha por la decisión y entrega definitiva detrás de la cual andaba ella hacía tiempo. Bajo este aspecto y con estas restricciones o limitaciones, las Confesiones son el espejo en el que Teresa encuentra retratada su alma. Sin embargo, las Confesiones, consideradas en su conjunto, son algo más, pues Agustín y Teresa son dos personalidades con historias y trayectorias muy distintas y, hasta casi, opuestas. De hecho, Agustín es un intelectual, y, como tal, se plantea el problema crucial de todo cuanto existe, el problema de la verdad, de la verdad de las cosas, de la existencia humana, del sentido de la vida y de su vida. Por ello, cuando Agustín busca a Dios lo hace bajo el

aspecto de la verdad, como sentido y razón de cuanto hay. Y en la posesión de esa verdad consistirá también la felicidad. Digamos, una vez más, que cuando Agustín va narrando su itinerario hacia la verdad y hacia Dios, lo entrelaza con temas eminentemente metafísicos, filosóficos o psicológicos. Analiza vivencialmente el ser de las cosas, investiga el tiempo y la memoria; descubre las razones ocultas que dan cuenta del estado de ánimo casi insostenible en el que se encontró cuando muere su amigo íntimo; o saca a la luz las motivaciones inconscientes que explican la chiquillada del robo de unas peras que, para mayor maldad, no estaban maduras. Agustín necesitaba sacar a la luz las motivaciones inconscientes, analizar la intencionalidad profunda, abismal y oculta que acompaña y pone en movimiento los actos conscientes más sencillos de la vida diaria. Lo importante es dejar al descubierto el 'abismo' que es el hombre quien, de una u otra manera, no puede desprenderse nunca de Dios, ni puede tampoco dejar de imitarle.

En Santa Teresa no se encuentran estos análisis filosóficos ni sugerencias metafísicas aunque sí algo muy interesante relativo al alma y sus facultades. Por otro lado, San Agustín hablaba de la necesidad de usar la razón para llegar a la fe –"intellige ut credas"–, pero después, una vez que se está en la fe viva, es la fe, el amor, el que dirige a la misma inteligencia y lleva a la comprensión –"crede ut intelligas". Santa Teresa se instalará, desde el primer momento, en esta segunda parte del proceso del conocimiento e insistirá en la primacía del amor: "Lo importante no es pensar mucho, sino amar mucho" (M IV, 1, 7). En el libro las Fundaciones dice igualmente: "Y así no trato ahora de esto, sino querría dar a entender que el alma no es el pensamiento, ni

la voluntad es mandada por él, que tendría harta mala ventura; por donde el aprovechamiento del alma no está en pensar mucho, sino en amar mucho" (Fundaciones 5, 2). El alma no es el pensamiento y el pensamiento no es el que debe dirigir la voluntad. La primacía la tiene el amor, el amor dirige (V 28). También para Agustín es el amor el que pone al hombre en movimiento (Conf. XIII, 9, 10). El amor está al principio y al final, pero, en principio, va unido a una inteligencia amante. En Santa Teresa falta, sin duda, esa parte tan agustiniana que es el recurso a la razón para llegar a la fe; se echa de menos en ella el "intellige ut credas". En realidad, Teresa no lo necesitaba, pues la fe no fue nunca un problema para ella. Teresa llega por sus propios mecanismos al 'Dios interior'. Nos parece, pues, que Teresa no recibe la influencia de un cuerpo doctrinal agustiniano, sino la influencia de un testimonio, del testimonio de la vida de Agustín que la coloca ante la urgencia de su deseo siempre aplazado y siempre querido: "darme del todo a Dios" (V 9, 7). Con el ejemplo de Agustín lo consiguió. En el espejo de las Confesiones en el que Teresa se miraba veía solamente una parte, aunque muy importante: la batalla entre amores opuestos, o, como dice ella, amores "tan enemigos uno de otro" (V 7, 17). Teresa se reconoció a sí misma en esa lucha que Agustín libraba contra sí mismo anhelando una entrega definitiva a Dios siempre buscada, siempre deseada y siempre aplazada. La lucha dramática que libraba Agustín entre los dos amores tuvo que impactar a Teresa. En su corazón se libraba también una batalla muy similar. De todos modos, es preciso reconocer que la lectura de las Confesiones y el ejemplo excepcional de Agustín, la animó a rendirse sin sombras ante Dios.

### 3.3. El tema del 'Dios interior' previamente conocido por Santa Teresa antes de leer las Confesiones

El tema del Dios interior es en Santa Teresa tan esencial y crucial como en San Agustín. Dice la Santa:

*"Pues hagamos cuenta que dentro de nosotras está un palacio de grandísima riqueza, todo su edificio de oro y piedras preciosas, en fin, como para tal Señor; y que sois vos parte para que este edificio sea tal, como a la verdad es así, que no hay edificio de tanta hermosura como una alma limpia y llena de virtudes, y mientras mayores, más resplandecen las piedras; y que en este palacio está este gran Rey, que ha tenido por bien ser vuestro Padre; y que está en un trono de grandísimo precio, que es vuestro corazón" (V 28, 9).*

Y todavía:

*"Reiránse de mí, por ventura, y dirán que bien claro se está esto, y tendrán razón; porque para mí fue oscuro algún tiempo. Bien entendía que tenía alma; mas lo que merecía esta alma y quién estaba dentro de ella, si yo no me tapara los ojos con las vanidades de la vida para verlo, no lo entendía. Que, a mi parecer, si como ahora entiendo que en este palacio pequeñito de mi alma cabe tan gran Rey, que no le dejara tantas veces solo, alguna me estuviera con El, y más procurara que no estuviera tan sucia. Mas ¡qué cosa de tanta admiración, quien hinchiera mil mundos y muy mucho más con su grandeza, encerrarse en una cosa tan pequeña! A la verdad, como es Señor, consigo trae la libertad, y como nos ama, hácese a nuestra medida" (V 28, 11).*

Teresa menciona a San Agustín cuando recomienda buscar a Dios "dentro de sí" (V 40, 6). El tema lo introduce magistralmente. Teresa se encuentra en el coro rezando con la comunidad y de golpe tiene una visión sorprendente. Su alma se recoge y la ve como un espejo luminoso sin contornos, medidas o limitaciones. En el centro de ese radiante espejo, que es su alma, está Cristo nuestro Señor. Sin embargo, ese centro en el que se encuentra Jesucristo es muy peculiar. Jesucristo, como centro del alma, no es una zona separada espacialmente del resto del alma. Al contrario, Dios, siendo el centro, está en todas las partes del alma. Además, su presencia no consiste únicamente en hacerse ver y mostrarse, sino en comunicarse amorosamente y de manera misteriosa al alma entera. Lo dice muy bien Teresa:

*"Estando una vez en las Horas con todas, de presto se recogió mi alma, y parecióme ser como un espejo claro toda, sin haber espaldas ni lados ni alto ni bajo que no estuviese toda clara, y en el centro de ella se me representó Cristo nuestro Señor, como le suelo ver. Parecióme en todas las partes de mi alma le veía claro como en un espejo, y también este espejo -yo no sé decir cómo- se esculpía todo en el mismo Señor por una comunicación que yo no sabré decir, muy amorosa" (V 40, 5).*

Como sucede siempre que se trata de la experiencia de Dios, el fenómeno no puede describirse y las imágenes empleadas pueden inducir a engaño como lo recuerda la Santa:

"Es muy diferente el cómo se ve a de-

cirse, porque se puede mal dar a entender" (V 40, 5). Piensa, además, Santa Teresa que la invitación a contemplar a Dios "en lo muy interior", 'dentro' de sí mismo y no 'fuera' en las cosas, es afectivamente más atractiva, presenta mayor encanto, facilita que el alma se apegue más a Dios (V 40, 6) y es más "fructuosa" (V 40, 6).

Recordemos que cuando Teresa lee las Confesiones, el tema del Dios interior la era ya muy familiar. Se encuentra, de hecho, en los evangelios. Teresa había escuchado, leído y meditado con frecuencia las palabras del Señor: "si alguno me ama, guardará mi Palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él" (Jn 14, 23). También sabía que hay una presencia primigenia de Dios en el hombre que posibilita la función de la mente humana, pues había leído y meditado en el evangelista San Juan que Dios es la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo (Jn. 1, 1-18). Ello quiere decir que el primer rayo de luz con el que el hombre, como ser racional, comienza a poder ver, mirar y comprender el mundo es la luz que es Dios. El alma del hombre está, pues, alumbrada, desde su inicio, por la luz de Dios. El hombre es un iluminado por la luz divina. Esa luz, conocida aunque sea de manera inconsciente, pone en marcha el dinamismo del descontento del hombre en el mundo. No satisface nada que sea menos que Dios a quien ya conoce. Igualmente el evangelio de San Mateo (Mt 3, 1-12) proclama que el Reino de Dios no está ni aquí ni allí, sino dentro del hombre. A su vez, Teresa lo había leído en Francisco de Osuna, su

<sup>28</sup> Véase Francisco de Osuna, Tercer Abecedario Espiritual. BAC, Madrid 1972, tr. 21, c. 5, p. 598 y tr. 16, c. 10, p. 491.

<sup>29</sup> Es curiosa la anécdota que refiere Teresa. Un religioso pronuncia un sermón que a su juicio era "harto admirable". Versaba sobre el amor, sobre los "regalos que la Esposa trataba con Dios", pero no fue bien interpretado por los fieles, de manera que "hubo tanta risa y fue tan mal tomado lo que dijo". Teresa, sin embargo, le entendía muy bien y, escuchándole, estaría verificando dentro de sí lo que a ella misma le pasaba en su relación de amor con el Esposo que es Dios. El sermón era extraordinario, pero los oyentes carecían de aquella experiencia y tergiversaban las palabras con el amor humano. Teresa lamentó la reacción de los fieles, pues manifestaba sus carencias religiosas. No podía comprender aquella situación y "estaba espantada", no podía dar crédito a lo que estaba viendo (CA I, 5).

gran maestro a quien siguió con todo su tesón. En él no solamente encontró el tema de la interioridad agustiniana, sino también la necesidad del amor como condición previa para conocer<sup>28</sup>.

También, dice Teresa, que "en algunos libros de oración está escrito, adónde se ha de buscar a Dios" (V 40, 6); se lo escuchó a las agustinas e, incluso, lo pudo escuchar en los sermones a los que ella "era aficionadísima" y que "si era bueno, érame muy particular recreación" (V 8, 12)<sup>29</sup>. Pero reconoce que Agustín lo hizo de manera peculiar y especial (V 40, 6). Ciertamente Teresa tuvo que admirar la amplitud sistematizada que el tema del Dios interior adquiere en las Confesiones hasta convertirse en uno de los pilares sobre el que descansan articuladamente las Confesiones.

Con este mismo motivo le cita en las Moradas (M IV, 3, 3). Santa Teresa, puesta a matizar, precisa que ese Dios interior, cuando se le descubre, no tiene nada que ver con el Dios "pensado" o "imaginado" interiormente, pues esto, dice la Santa, cada uno lo puede hacer fácilmente y cuando le agrade: "*Mas lo que digo es en diferente manera (...) que no fue por oídos, que no se oye nada, mas siéntese notablemente un encogimiento suave a lo interior, como verá quien pasa por ello, que yo no lo sé aclarar mejor*" (M IV, 3, 3). Mentalmente es, ciertamente, fácil pensar o imaginar a Dios y repetir la operación cuando se desee. Cualquiera puede hacerlo y debe hacerlo pues es una "excelente manera de meditación" (M IV, 3, 3). Lo que nadie puede hacer con su propio esfuerzo es llegar hasta el 'Dios interior'.

Eso es cosa de Dios. Y si alguna vez lo ha conseguido con el favor divino, no podrá repetir la experiencia a voluntad propia, "sino cuando Dios nos quiere hacer esta merced" (M IV, 3, 3).

Santa Teresa recurre de nuevo a San Agustín para salir al paso de la inactividad e insensibilidad en la que pueden encontrarse algunos respecto de Dios en un momento determinado de su vida. Comenta Teresa que, a veces, el fuego que calienta el alma y mantiene vivo el amor a Dios se hace 'mortecino' y comienza a dejar de sentirse. Puede llegar el momento, incluso, en el que ya "ni se siente la presencia de Dios". En estas circunstancias aconseja Teresa pasar inmediatamente a la acción y salir a buscar con empeño señales, estímulos, indicadores 'visibles' que nos remitan a Dios. Lo importante es que "no nos estemos bobos perdiendo tiempo por esperar lo que una vez se nos dio" (M VI, 7, 9). No se puede quedar parados y esperar. Hay que salir a la búsqueda, pues por sí solo no va a llegar. Para confirmar y avalar su consejo echa mano de las Sagradas Escrituras, del capítulo tercero del Cantar de los Cantares en el que la ausencia del Amado no deja inactiva a la Amada, sino que ésta sale a buscarle por las calles y las plazas; y aunque es de noche y corre riesgo, pregunta, incluso, a los centinelas de la ciudad. Cuando el Amado, pues, no se deja sentir dentro hay que salir a buscarle por fuera. El 'gusto' y el 'sabor' a Dios que ya se tiene, al menos como recuerdo, ha de actuar como impulso que lleve, una vez más, a buscarle. En este contexto Teresa aduce también el testimonio de la autoridad de San Agustín, haciendo referencia, sin duda, al bellísimo pasaje de las Confesiones X, 6, 9, en el que Agustín sale al exterior a buscar a Dios y entabla un diálogo con las cosas.

Hay aquí, sin embargo, una notable diferencia con Agustín. De hecho, en el texto mencionado por Teresa, Agustín no sale a buscar a Dios al exterior porque haya dejado de sentir a Dios en su interior, como es el caso que Teresa

tiene delante. Agustín propone comenzar a buscarle por el exterior a aquellos que no lo han sentido nunca. Les propone el itinerario que él mismo hizo y que, como es sabido, va del exterior al interior y del interior a lo superior, desentrañando la esencia de cada una de las etapas. De todos modos, se podría decir que Teresa menciona acertadamente a Agustín, pues, quien ha dejado de sentir a Dios es como si se encontrara en el punto cero del proceso. Agustín comienza, ciertamente, observando las cosas del mundo y las pregunta si ellas son el Dios que busca. Pregunta a la tierra, al cielo, al océano, a las estrellas, al sol, a la luna, a los abismos, al aire que respiramos, a los animales y a todo. Les pregunta si son Dios y le responden: no. Y todavía su pasión impaciente y anhelante de amor le lleva a sospechar con aparente candor que, tal vez, las cosas mismas materiales, que ya le han dicho que no son Dios, pudieran tener alguna noticia o conocimiento del Dios de su corazón. Por eso, vuelve a dirigirse a todas ellas para preguntarlas si, por acaso, saben algo de Dios y pueden decirle algo de él. Y todas las cosas juntas al unísono y con voz poderosa le dijeron lo que sabían de Dios. Le contaron, llenas de admiración y maravilladas, que Dios las había hecho. Es todo lo que pudieron decirle.

Teresa, ciertamente, invita, a quien ya no siente la presencia de Dios, a buscarle por fuera, pero no hace la reflexión que

despliega Agustín. Una vez más, pensamos que no se puede hablar propiamente de influencia formal y mental de Agustín en Santa Teresa, sino más bien de la ayuda de la autoridad prestigiosa de Agustín para corroborar la propia posición. El hecho de que el punto de partida del texto citado por Teresa sea distinto en San Agustín indica que lo que busca es simplemente el aval de su autoridad.

Pensamos, igualmente, que a esta misma conclusión nos lleva la reflexión que hace Santa Teresa respecto de la búsqueda de Dios en el interior. Dice Teresa que considerar a Dios "en lo muy interior del alma" es una consideración "muy más fructuosa que fuera de sí". Y esto, continúa Teresa, lo dice especialmente "el glorioso San Agustín, que ni en las plazas, ni en los contentos ni por ninguna parte que le buscaba, le hallaba como dentro de sí. Y esto es muy claro ser mejor" (V 40, 6)<sup>30</sup>. Todo parece como si, según Santa Teresa, a Dios también se le puede buscar y encontrar en el exterior, aunque insista que buscarle en el interior es más fructuoso y mejor. Sin embargo, para Agustín a Dios sólo y únicamente se le puede buscar en el interior. Y cuando se le ha encontrado en el interior, entonces también se le puede ver en el exterior, en las cosas que actúan como espejos que reverberan a Dios. Para Agustín no son los ojos los que ven. Los ojos ven lo que la mente ha conocido previamente. Dado que

El texto dice: "Parece provechosa esta visión para personas de recogimiento, para enseñarse a considerar al Señor en lo muy interior de su alma, que es consideración que más se apega, y muy más fructuosa que fuera de sí -como otras veces he dicho- y en algunos libros de oración está escrito, adónde se ha de buscar a Dios. En especial lo dice el glorioso San Agustín, que ni en las plazas, ni en los contentos ni por ninguna parte que le buscaba, le hallaba como dentro de sí. Y esto es muy claro ser mejor. Y no es menester ir al cielo, ni más lejos que a nosotros mismos, porque es cansar el espíritu y distraer el alma y no con tanto fruto" (V 40, 6).

Blanchard, Pierre. La structure agustinienne de la pensée thérésienne. En *Divinitas* 7 (1963) 351-386. Dice exactamente: "Es incontestable que para escribir su Vida Teresa se acordó de las Confesiones y que tomó esta obra como modelo", p. 374. Dice también que la inquietud de Teresa "no es metafísica ni moral como la de Agustín, es espiritual y mística", p. 385. San Agustín escribe las Confesiones en el 397, cuando tenía 43 años. Santa Teresa escribe la primera redacción de su vida, y que se ha perdido, en 1562, cuando tenía 47 años. La redacción definitiva es del año 1565. Teresa tenía 50 años. Agustín y Teresa están en el momento oportuno para hablar de sus vidas y de la acción poderosa de Dios sobre cada uno de ellos. Sobre las vicisitudes del libro de la Vida puede verse Tomás Álvarez, El autógrafo del 'Libro de la Vida', en Sancho Fermín, Fco. Javier y Cuartas Londoño, Rómulo (Dir.), El libro de la Vida de Santa Teresa de Jesús. Actas del I Congreso Internacional Teresiano. Monte Carmelo-Universidad de la Mística-CITeS, 2011, pp.35-51.

conoce a Dios dentro, puede descubrirle también fuera. Sin este presupuesto los ojos no verían a Dios en el exterior.

Teresa, en su contacto con Agustín, no cambia, pues, propiamente de ideas, cambia de vida. La lectura de las Confesiones fijó ese gran momento. Teresa quedaría agradecida toda su vida a Agustín. Se podría decir, como lo hace Pierre Blanchard, que cuando Teresa escribe su vida "se acordó de las Confesiones y que tomó esta obra como modelo"<sup>31</sup>. Ciertamente puede ser así, pero el itinerario de Teresa hacia la unión con Dios es, como hemos visto, muy distinto del que hace Agustín. No sigue el modelo de Agustín que va apoyado en la reflexión filosófica. El camino de Teresa se apoya primordialmente en la contemplación de imágenes de escenas de la vida de Jesucristo, en la consideración de los misterios de la fe y en la oración vocal meditada. La finalidad, sin embargo, es la misma, la unión con Dios más íntima posible ya que Dios quiere la entrega total. La expresión de Agustín "Dios desea tu entrega total" ("Totum exigit te, qui fecit te", Serm 34, 7) tiene espiritualmente el mismo valor que la expresión de Teresa: "darme del todo a Dios".

## Conclusiones

Aunque las conclusiones generales las recogemos en la última parte del presente trabajo, sin embargo podemos enunciar ya alguna al hilo de esta primera, y que podrían ser las siguientes:

- Aunque Teresa experimenta, como suele decirse, su primera conversión en el entorno agustiniano del convento de las Madres Agustinas Nuestra Señora de Gracia, sin embargo, la espiritualidad agustiniana no reobró sobre ella. Reorganizó su vida espiritual impulsada, sin duda, con gran fuerza y poder por el entorno religio-

so estimulante, pero, en la realidad, lo que hizo fue intensificar la piedad religiosa inculcada por sus padres y de la que, en cierto modo, se había alejado un tanto. Entre otras muchas cosas primordiales, las Religiosas Agustinas consiguen que Teresa se congracie con la posibilidad de ser monja.

- La vivencia que Teresa tiene de Jesucristo ante la imagen del "Cristo muy llagado" la dispuso para leer con eficacia las Confesiones de San Agustín. De hecho, en su lectura experimenta, desde su primera página, las vivencias que había tenido ya ante la imagen del Cristo: el amor indecible de Dios ante el cual Teresa sintió surgir su sentimiento de debilidad, pequeñez, ingratitud, empecatamiento, y deseo ardiente de amarlo. El enamoramiento apasionado que Teresa siente por Jesucristo ante la estatua del "Cristo muy llagado" lo tendrá presente siempre en su vida y sabrá con toda seguridad que tuvo lugar antes de la lectura de las Confesiones. El enamoramiento mantiene siempre fresco el orden secuencial de los acontecimientos que tuvieron lugar inmediatamente antes o después de aquel momento prodigioso.

- La lectura de las Confesiones conmovió profundamente la religiosidad de Santa Teresa y se sintió más fortalecida y decidida a llevar adelante la gran conversión que había experimentado y aprendido contemplando y meditando la imagen del "Cristo muy llagado". Las Confesiones corrobora e intensifican la piedad de su vida, pero no influyen en su forma de pensar. Teresa continúa siendo ella misma.

- Teresa ve en las Confesiones únicamente la lucha difícil y siempre aplazada por la decisión y entrega defi-



nitiva a Dios. Ciertamente no le falta razón, pero las Confesiones son algo más que una historia de la liberación de la cautividad.

- Ciertamente, como dice Agustín, el corazón es el que cree –“corde creditur”-, lo cual quiere decir que el amor debe primar sobre el pensamiento.

En esto Santa Teresa está de acuerdo cuando dice que la cosa está en amar mucho, y no en pensar mucho. Pero Agustín puntualizaría que para amar mucho es preciso, aunque no es necesario, pensar mucho. Teresa no necesitó pasar por la fase “intellige ut credas”, piensa para creer.

Recibido: 20/03/2012

Aceptado: 07/05/2012

## **Bibliografía**

SANTA TERESA, Obras completas. Edición 15ª preparada por Tomás Álvarez. Monte Carmelo. Burgos 2009.

SAN AGUSTÍN, Obras completas. Biblioteca de Autores Cristianos (B.A.C). Madrid. En cada cita consta el volumen y el año de publicación.

ÁLVAREZ, T. Guía al interior del Castillo. Lectura espiritual de las Moradas. Monte Carmelo, Burgos 2004.

AUCLAIR, M. Les trois conversions de Sainte Thérèse, en Carmel 38 (1955), pp. 3-11.

CEREZAL, M. Santa Teresa de Jesús y la Madre María Briceño, en Ciudad de Dios, 100 (1915), 107-120.

EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS Y OTGER STEGGINK, Tiempo y vida de Santa Teresa, Madrid, B.A.C., 1996.

ETCHEGOYEN, G. L'amour divin. Essai sur les sources de Sainte Thérèse, Burdeos-París, Universidad de Burdeos, 1923.

OSUNA, F. Tercer Abecedario Espiritual. BAC, Madrid 1972

ROS, S. La experiencia de Dios en mitad de la vida. Editorial de Espiritualidad. Madrid 2010.

SÁNCHEZ, A. Santa Teresa de Jesús y las agustinas de Ávila, en Basílica Teresiana, 15 diciembre de 1898, núm. 15, año II, pp. 453-462

SILVERIO DE SANTA TERESA, Historia del Carmen Descalzo en España, Portugal y América. Tomo I. Santa Teresa en el siglo y monja de la Encarnación (1515-1561). Burgos, Tipografía "El Monte Carmelo", 1935.